



EIDES

## El don de educar

Reflexiones ignacianas  
para educadores  
y educadoras

---

Isabel Giménez Beút

**EL DON DE EDUCAR**  
REFLEXIONES IGNACIANAS PARA EDUCADORES Y EDUCADORAS

Isabel Giménez Beút

Introducción: espiritualidad ignaciana para educadores <i>de Darío Mollá</i> .....	3
Presentación .....	7
Educar es servir .....	10
Educar reconociendo la propia limitación .....	13
Descubrir a Dios en la acción educativa .....	18
La educación como don .....	20
Anexos para el trabajo personal y comunitario .....	26
Notas .....	32

**Isabel Giménez Beút.** Licenciada en Geografía e Historia y Teología. Postgrados en Acompañamiento Espiritual, Dirección de Centros y en Teología. Especialista en Ejercicios Espirituales. Educadora en ámbitos docentes, directivos y de pastoral. Profesora del ISCREB. Experiencia en acompañamiento espiritual, y en Ejercicios.

ESTA PUBLICACIÓN SE DISTRIBUYE GRATUITAMENTE.

Colabora con Cristianisme i Justícia: Bizum código 05291  
[cristianismeijusticia.net/es/donativos](https://cristianismeijusticia.net/es/donativos)

Edita Cristianisme i Justícia. Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona  
+34 93 317 23 38, [info@fespinal.com](mailto:info@fespinal.com), [www.cristianismeijusticia.net](http://www.cristianismeijusticia.net)

Imprime: Ediciones Rondas S.L. Depósito Legal: B 5175-2024

ISBN: 978-84-9730-549-5, ISSN: 2014-6531, ISSN (virtual): 2014-6558

Edición: Santi Torres. Corrección: Cristina Illamola

Maquetación: Pilar Rubio Tugas. Marzo, 2024

# INTRODUCCIÓN: ESPIRITUALIDAD IGNACIANA PARA EDUCADORES

---

Desde sus orígenes, la espiritualidad ignaciana ha sido una fuente de iluminación y sentido para los educadores. Baste recordar que, con base en esa espiritualidad, y ya en vida de san Ignacio de Loyola, fueron naciendo instituciones educativas, colegios y universidades en todas las partes del mundo donde se iba asentando la nueva Compañía de Jesús. Al mismo tiempo, se iba desarrollando una reflexión sobre las características que debía tener la educación impartida en los centros educativos de la Compañía, reflexión que culminó en la *Ratio Studiorum* de 1599. Recientemente, documentos como *Características de la Educación de la Compañía de Jesús* (1986) y otros complementarios han pretendido traducir al mundo educativo las grandes intuiciones de la espiritualidad ignaciana.

No es de extrañar que esto sea así, pues también los Ejercicios Espirituales de san Ignacio son un método («modo y orden») para «educar» a quien los hace en su crecimiento personal hacia una relación íntima con Dios y en el encuentro con Dios en la vida cotidiana. El concepto de *educador* va hoy en día mucho más allá del marco de la educación formal. Tantas y tan variadas formas de educación no formal como existen hoy o todo el conjunto, también muy amplio, de formas de educación

social pueden encontrar inspiración en las intuiciones de la espiritualidad ignaciana.

El cuaderno que ahora se publica en la colección EIDES con el título *El don de educar. Reflexiones ignacianas para educadores*, de Isabel Giménez, va en la línea de «aplicar» los Ejercicios a la tarea cotidiana de los educadores y a cómo viven esa tarea. Labor que no siempre es fácil, incluso cuando el educador la vive como una auténtica vocación vital. Isabel es, por una par-

te, una mujer de amplia experiencia en el mundo educativo, desde el trabajo en el aula hasta la animación pastoral y las responsabilidades de gestión y dirección, y, por otra parte, una buena concedora de los Ejercicios de San Ignacio, por experiencia personal. Toda esa experiencia está en la base de este cuaderno que, además, tiene como valor añadido la propuesta bien concreta de materiales para reflexionar, examinar y aplicar sus contenidos más teóricos a la experiencia cotidiana del educador.

Si he de proponer algunas de las intuiciones que, en mi opinión, se pueden hacer a partir de los Ejercicios ignacianos a la tarea de los educadores, en cualquier ámbito educativo, utilizaría básicamente tres palabras: *horizonte*, *proceso* y *acompañamiento*.

## Horizonte

Los Ejercicios comienzan planteando al ejercitante la cuestión del *horizonte* de su vida, «para qué» quiere vivir, «para qué» tiene sentido vivir. Una cuestión que en la propuesta ignaciana va estrechamente ligada a la cuestión del «desde dónde», a la cuestión del punto de partida: «El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima» [23]. Criado «para». ¿Cuál es el horizonte de mi tarea como educador? ¿Cómo puedo conseguir que las personas a las que quiero ayudar vayan descubriendo un horizonte para su vida? Cuestiones, ambas, decisivas.

Ese horizonte, que en una primera formulación puede parecer y resultar

teórico, los Ejercicios lo van concretando y personalizando en la persona de Cristo y su proyecto de vida: «venir conmigo... trabajar conmigo... siguiéndome en la pena también me siga en la gloria» [95]. Los Ejercicios son un proceso de contemplación y enamoramiento de la persona y del proyecto hasta situar mi proyecto vital en la línea del proyecto de Cristo, «conocimiento interno del Señor... para que más le ame y le siga» [104].

En esa contemplación, el ejercitante irá descubriendo las concreciones y los criterios, el camino, en definitiva, que lleva hacia ese horizonte. Nunca llegaremos a alcanzarlo definitivamente, pero nuestros pasos tendrán sentido y coherencia. No iremos dando tumbos y nos sentiremos fortalecidos en las situaciones más difíciles. Tener horizonte y proponer horizonte es la base y la gran aportación que un educador puede hacer a las personas a quienes quiere ayudar.

## Proceso

Los Ejercicios son un proceso, la vida humana es un proceso y la tarea educativa es un proceso. El educador nunca puede olvidar que está trabajando procesos, que los procesos piden su tiempo, que las prisas y las impacencias los frustran y que, seguramente, una de las cosas más difíciles de vivir por un educador es que, muchas veces, se ha de entregar a trabajar esos procesos sin saber ni ver cuál será el final: podrá ver resultados a corto plazo, pero no más. Y la experiencia nos enseña que los resultados a corto plazo no prejuzgan el final, ni en el sentido positivo ni

en el negativo. Esta es, quizá, una de las manifestaciones más significativas de la gratuidad que implica la tarea de educar personas.

En el proceso que proponen los Ejercicios de san Ignacio, el momento central es el momento de la «elección», de la toma de decisiones en coherencia con el horizonte vital, el horizonte de Cristo; pero hay una fase de preparación de la persona antes de la elección y una fase de confirmación posterior al momento mismo de la elección. En la fase anterior, lo que importa es, especialmente, «disponer» a la persona para la elección; es decir, cuidar las actitudes, clarificar los criterios y sugerir los tiempos y métodos para una buena elección. Posteriormente al hecho mismo de la elección, los Ejercicios sugieren un tiempo de «confirmación» interior sobre la decisión tomada.

«Elegir», tomar decisiones, es algo ineludible en la vida. Y de lo que se trata es que esas decisiones sean coherentes con el «para qué» de nuestro horizonte vital. Obviamente, no todas las decisiones tienen la misma importancia, y la seriedad del proceso a seguir debe corresponderse con la trascendencia de la decisión que hay que tomar. Si pensamos en un proceso escolar «normal», ya al final de los estudios de secundaria hay que tomar una decisión importante sobre qué estudios de grado superior elegir. Acabados esos estudios de grado superior, habrá que tomar decisiones sobre la profesión, el trabajo, el modo de vida... No son decisiones nimias ni fáciles. Es bueno que esas decisiones no se basen solo en razones «técnicas», sino también en razones humanas y de proyecto de vida. Hasta ese momento, en los años

precedentes a una primera decisión sobre los estudios, hay que llevar a cabo todo ese trabajo de asentar actitudes y criterios que puedan ayudar a tomar una buena elección, dado que, además, esas elecciones coinciden con situaciones de entrada a la mayoría de edad y a la autonomía de quienes eligen.

Ello nos lleva al tercer aspecto de la propuesta ignaciana para educadores: el acompañamiento. ¿Cómo acompañamos la preparación y la formación del «sujeto» capaz de «elegir»? Y, también, ¿cómo podemos acompañar los procesos concretos de elección en el caso de que nos inviten a hacerlo?

## **Acompañamiento**

Los Ejercicios de San Ignacio diseñan con detalle y claridad cuál es el papel y cuáles deben ser las actitudes de las personas que acompañan los procesos de elección. Cercanía personal, capacidad de escucha, sabiduría para captar el sentido de las «mociones» que acompañan todo proceso de elección, sensibilidad para captar los estados de ánimo del acompañado, inteligencia para proponer personalmente los pasos concretos del proceso de elección y los tiempos de esta... Todo ello con respeto sumo a la libertad de la persona acompañada, sin imponerse ni forzar, sin asumir protagonismos que no le corresponden, sin imponer, ni siquiera de manera sutil, su propia opinión.

Traducir todas estas actitudes al trabajo del educador es sencillo. Obviamente, con matices, matices que tienen que ver con la edad y madurez de las personas acompañadas, con los contextos del trabajo del educador,

con la situación vital de la persona acompañada. Se trata, en definitiva, de «ayudar» a crecer y a madurar, pero si nos desentendemos y si nos imponemos no lo lograremos. Es un desafío para el acompañante encontrar cuál es la distancia adecuada en la que situarse para acompañar: ha de ser cercanía, pero ha de dejar el espacio suficiente para que la persona pueda crecer por sí misma.

Otra cuestión más compleja, menos estudiada y que necesita una mayor reflexión es qué significa y qué implica, en clave de acompañamiento ignaciano, acompañar grupos, porque, fundamentalmente en contextos de educación escolar (aunque no exclu-

sivamente en ellos), el educador no acompaña, de entrada, a personas concretas, sino a grupos. En un segundo momento, y con limitaciones, acompaña a personas concretas de esos grupos, pero, de entrada, es acompañante de grupo. En un acompañamiento de grupos habrá propuestas de horizonte que plantear, actitudes que fomentar, criterios para proponer, estados de ánimo que valorar y preguntas que suscitar y proponer. Esa tarea no es ni menos importante ni menos valiosa que la del acompañamiento personal.

Darío Mollá Llácer sj

# PRESENTACIÓN

---

La tarea de la educación es un don y una gracia que se recibe de Dios cada día. «Enseñar al que no sabe» es una obra de misericordia, un servicio, una forma de hacer realidad el Evangelio. Educar es una forma de cambiar la sociedad y, por tanto, de cambiar el mundo actual y, sobre todo, el mundo futuro. De esta forma, la tarea de educar puede ser concebida como un don y una gracia para la persona que tiene vocación educadora. Esta tiene ante sí la posibilidad de descubrir, por una parte, que el trabajo tiene un sentido más profundo y, por otra parte, que la tarea se convierte en misión.

Este reconocimiento de la vocación educadora tiene aún más valor si cabe desde la perspectiva de un educador cristiano. Este puede concebir la educación como una tarea, un don y una gracia, con la cual realizamos la misión de cambiar la sociedad haciendo realidad el Reino de Dios. La educación adquiere, desde esta perspectiva, una mayor trascendencia porque el educador anuncia, acompaña y celebra la fe dentro del proceso de crecimiento de aquellos a quienes educa.

Hemos puesto de manifiesto el gran valor de la educación a lo largo de la historia para cualquier educador y especialmente para el educador cristiano,

pero no exageramos si expresamos la convicción de que, hoy en día, una de las tareas y misiones más difíciles es la tarea de educar. La pérdida de reconocimiento de las educadoras y los educadores ante las familias, junto a la relajación de hábitos y costumbres por parte del alumnado, dificulta mucho la tarea docente. Esta situación, por un lado, unida a una legislación educativa basada en motivaciones políticas más que en criterios educativos, tensionan y estresan a los docentes en su quehacer cotidiano.

Muchos educadores y educadoras son personas vocacionadas y entusiastas, que viven su tarea diaria con el



deseo y la esperanza de hacer de sus estudiantes personas honestas y excelentes profesionales del mañana. Trabajan con ilusión, se entregan cada día y afrontan los retos y las dificultades cotidianas con sentido y responsabilidad. Pero, desgraciadamente, también es frecuente encontrar profesionales de la educación desmotivados, cansados e incluso con muestras de apatía o depresión, a la espera del ansiado momento de la jubilación, sabiendo que ya no tienen fuerza para continuar con la tarea que desempeñan. Y lo que es peor, podemos encontrar profesionales que han optado por el mundo educativo, como una posibilidad de futuro profesional, sin otras motivaciones o más intereses que ganar un sueldo con el cual cubrir sus necesidades económicas.

En cuanto al ambiente de las comunidades educativas, podemos decir que muchas de ellas son espacios donde se comparte vida y misión, en los que fluye la colaboración y el proyecto común. Hay grupos docentes donde se vive el trabajo en equipo y el apoyo mutuo, ante el gran desafío actual de la educación de niños, niñas, adolescentes y jóvenes. También es cierto que no siempre la relación entre compañeros y compañeras y claustros de docentes es fluida, y, en algunos casos, puede llegar a ser difícil e incluso conflictiva. En muchas ocasiones, los equipos de docentes, movidos por posturas poco colaborativas o tensionados por la dura situación descrita anteriormente, adolecen de la actitud de compañerismo y trabajo en equipo, lo cual ayudaría, en caso de que existiese, a hacer más grata y fructífera la tarea educadora. No queremos mostrar con esta descripción un panorama desolador, pero considera-

mos que es bueno aproximarnos a una realidad que existe y está mucho más extendida de lo que desearíamos.

Dentro de este panorama, podríamos añadir características propias si nos centrásemos en la escuela religiosa, ya sea concertada o privada. La escuela cristiana, en la mayoría de las ocasiones, ha mantenido la definición de cristiana en el ideario de sus centros, pero no ha cuidado suficientemente la incorporación de docentes con una identidad acorde a este. Tampoco ha invertido el tiempo y el esfuerzo suficientes en la formación cristiana y carismática de dichos educadores. Por otra parte, se encuentran las familias, que en muchos casos no escogen estos centros educativos por las características propias del ideario, sino por otros motivos sociales o culturales asociados a rendimientos académicos o a su entorno social.

A través del análisis anterior, hemos constatado dificultades y problemas en la labor docente en general, pero no podemos permitir que la situación nos paralice ni queremos perder la esperanza de una realidad futura capaz de mejorar. A la luz de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio, se nos ofrece una ayuda para redescubrir, revitalizar y llenar de sentido nuestra vocación educadora, desde la clave creyente y transformadora del Evangelio.

Los Ejercicios Espirituales son una herramienta de gran sabiduría, que, durante cinco siglos, ha ayudado en el seno de la Iglesia a conformar la propia vida de la persona cristiana y a ayudarle a descubrir el lugar y la forma en la que ha de hacerse presente en el mundo. Con una metodología y un itinerario propios, los Ejercicios Espirituales

se ponen al servicio de la persona cristiana y, a través del proceso de purificación al que conducen las dificultades de la vida, va realizando el proceso de configuración con Cristo. Este proceso de conformación pasa por descubrir la llamada y la vocación propias, y conduce a la muerte y a la Resurrección con Él.

El itinerario de los Ejercicios Espirituales tiene tal riqueza interna que puede ser interpretado desde diferentes

lecturas específicas, ajustándose a situaciones o realidades concretas y ayudando a arrojar luz a todas ellas, desde la clave del Evangelio. Este sería el objetivo del presente material: reflexionar sobre el don de la tarea educadora, a la luz e interpretación de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Queremos ayudar a los educadores cristianos a revitalizar su tarea y misión, con la mirada puesta en la configuración con Cristo.

### **Para iniciar nuestro itinerario... Una lectura personal de nuestra vida...**

- ¿Cómo te ves a ti mismo/a en el panorama que hemos descrito?
- ¿Te sientes identificado/a con alguna de las realidades aquí expuestas?
- En tu momento vital, ¿mantienes viva tu vocación educadora?
- ¿Qué te impulsa a continuar cada día en tu tarea educativa?

Los Ejercicios ignacianos proponen, al inicio de su itinerario, el Principio y Fundamento, que se formula del siguiente modo: «El hombre es Criado por Dios, para alabar, hacer reverencia, y servir a Dios y mediante esto salvar su ánima» [EE 23,2]. El Principio y Fundamento en los Ejercicios Espirituales nos invita a plantearnos el fin y proyecto de nuestra vida: ¿Para qué hemos sido criados? O, ¿cuál es el sentido de nuestra vida?

Estas preguntas de gran calado no se reducen a una breve reflexión, sino que recogen cuestiones existenciales que atraviesan toda nuestra historia e itinerario personal. Para adentrarse en ellas se requieren unas actitudes o disposiciones interiores que nos ayuden a realizar el proceso con cierta garantía de que nuestro propio ego no dificultará la autenticidad ni la transparencia del itinerario. Entre estas actitudes o disposiciones podríamos encontrar la indiferencia, la libertad y la humildad. A saber:

- La indiferencia ayuda a asegurarnos de que no tenemos otras motivaciones internas que se entremezclen con nuestros planteamientos existenciales. ¿Realmente somos indiferentes a una perspectiva o a

una orientación concreta de nuestra vida, con tal de que se cumpla en ella la voluntad del Señor? Indiferencia no quiere decir que todo nos dé igual o que no tengamos gustos o preferencias, sino que nuestra prioridad no está en ellos, sino en Dios. Todo me resulta indiferente o relativo y solo Dios es absoluto.

- La disposición interior de la libertad nos permite constatar que no estamos atados a otros intereses o afectos que enmascaran el verdadero proceso interior. Una vez descubierta la voluntad de Dios en nuestra vida, necesitamos la libertad interior para que nada nos ate o nos atrape, desviándonos de nuestro camino hacia esa voluntad divina.
- El ser conscientes del valor de la humildad contribuye a reconocer

que nuestra condición limitada y pecadora nos invita a abrirnos a Dios humildemente, reconociéndolo como Señor de nuestra vida.

Dentro de nuestra motivación para abrirnos a reflexionar sobre la misión educadora a la luz de los Ejercicios Espirituales, podríamos destacar otros aspectos importantes que se identificaran con el Principio y Fundamento en la vida de un educador o una educadora cristianos.

En primer lugar, creemos que quien educa solo puede enseñar desde la propia experiencia y el propio itinerario personal. Solo se enseña aquello que hemos experimentado en nuestras vidas y que hemos asimilado en nuestro proceso personal. Solo desde ahí podemos mostrar a nuestro alumnado un itinerario de vida y un testimonio de este. Cuando utilizamos la palabra *testimonio* tenemos el riesgo de interpretar que nuestra vida se convierta en modelo de actuación para otros, porque nuestra coherencia vital resulta un ejemplo en sí misma. ¡Nada más lejos de la realidad! Nuestra vida no deviene testimonio porque resulte un ejemplo en sí misma. No somos testimonio de nosotros o nosotras mismas ni lo hacemos porque seamos ejemplares. Desde nuestra condición limitada y pecadora, podemos dar testimonio de la acción salvadora de Dios en ella y de cómo ha realizado en nosotros y nosotras su obra. No damos testimonio desde nosotros y nosotras mismas, sino que damos testimonio de la acción salvadora que Dios ha hecho en nosotros y nosotras, a pesar de nuestra limitación. El protagonista de todo es Dios. No somos ejemplos con nuestra vida, sino

que damos testimonio de la grandeza de Dios en ella. Nuestra vida se convierte en alabanza a Dios por lo que Él ha hecho en nosotros y nosotras; por el proceso de liberación y de crecimiento que ha realizado en nuestra vida, teniendo en cuenta nuestra propia limitación y pecado. De esta forma, respondemos a la primera parte del Principio y Fundamento donde se nos dice que el ser humano está creado para «alabar, hacer reverencia y servir a Dios».

## **Amar y servir a Dios**

Profundizando en la lectura y aplicación del Principio y Fundamento de los Ejercicios Espirituales a la vida de quien educa, nos encontramos con el hecho de que nos han creado para amar y servir a Dios. Esta actitud es consecuencia de la experiencia anterior. Como consecuencia de la obra que Dios ha hecho en nuestra vida, haciendo cosas grandes con nuestra pequeñez, no podemos –ni ya queremos– hacer nada más que dar gracias a Dios y servirle. Le servimos porque correspondemos así a tanto amor recibido. Le servimos porque hemos descubierto que no hay mejor tesoro que Él. Le servimos porque damos gratis lo que hemos recibido gratis. De esta forma, destacamos la idea de que el servicio nace y es fruto del agradecimiento que se desborda.

Nos planteamos a continuación lo que podría suponer servir a Dios desde la clave de una persona educadora cristiana.

Servir a Dios es servir a sus criaturas. Servir a Dios es servir a quienes Él más ama, y hacerlo como Él lo hace.

Servir a Dios es cuidar a las personas más pequeñas, a las más difíciles, a las que tienen más dificultades. Servir a Dios es servir con paciencia, con esmero, con cuidado y con amor. Servir a Dios es servir como Él sirve. Es «ponerse la toalla, y abajarse para lavar los pies» a quienes ocupan los últimos lugares y a quienes más lo necesitan.

Muchas son las necesidades que acompañan a nuestro alumnado hoy, y no resultan ser únicamente necesidades económicas. También, y cada día más, las carencias espirituales son una realidad de nuestra sociedad. Vivimos en un mundo cada vez más materialista, donde la búsqueda espiritual queda huérfana y desorientada. Una de las mayores pobreza presentes en nuestra sociedad es la ausencia de cualquier referencia a la trascendencia. Dios y su Evangelio han sido borrados del imaginario de nuestro mundo occidental, en el que la política y la economía han invadido todos los criterios y valores sociales establecidos. Cada vez se hace más urgente y necesario anunciar a Dios en un mundo que prescinde de

Él, que lo desconoce o, peor aún, que lo rechaza.

En el caso de las personas educadoras cristianas, la tarea implica el anuncio del mensaje del Evangelio y, por tanto, sembrar la semilla de Cristo en nuestro alumnado. La tarea es cuidar esa semilla, que está llamada a crecer dentro de cada persona y a hacer realidad el Evangelio según la singularidad particular. Sembrar a Cristo en el alumnado es ayudar a que lo conozcan, es acercarlo a su Palabra, es enseñarle a relacionarse con ÉL, a través, por ejemplo, del cultivo del silencio, de la interioridad y de la oración. Engendrar a Cristo en el alumnado es hacer que el Evangelio se vaya contagiando de unas personas a otras, brotando una semilla de mensaje, con obras y con palabras.

En nuestro mundo actual es fundamental que transmitamos el mensaje del Evangelio a una sociedad que lo desconoce o lo ignora. Y esta es una misión de la persona educadora cristiana, que vive su tarea evangelizadora como construcción del Reino de Dios, con la vida y con la Palabra.

### **Para ir reflexionando y revisando en nuestra vida...**

- ¿Cómo vivo yo en mi vida, y en concreto en mi vida de educador/a, las actitudes de la indiferencia, la libertad y la humildad?
- ¿Vivo la educación como una tarea o como una misión?
- ¿Vivo mi misión educadora como un servicio?
- ¿Tengo revitalizado en mí el deseo de transmitir el Evangelio y de anunciarlo?
- ¿Qué supone en mi tarea educadora diaria la misión de engendrar a Cristo en mi alumnado?

# EDUCAR RECONOCIENDO LA PROPIA LIMITACIÓN

---

Cuando reconocemos tanto amor recibido de Dios y al mismo tiempo constatamos nuestra incapacidad para responder a ese amor, no podemos hacer más que acoger nuestra condición pecadora. Pero este descubrimiento no pretende ahondar en el propio pecado, sino en la acogida amorosa y salvadora de Dios en nuestra vida.

Para profundizar en esta dimensión que se abre a la misericordia de Dios, nos acercamos a la Primera Semana de los Ejercicios Espirituales.

El jesuita José M.<sup>a</sup> Rambla nos habla sobre este tema del siguiente modo: «para predisponer el espíritu a este ejercicio de la Primera Semana, Ignacio sugiere que el ejercitante trate de sentirse “como si un caballero se hallase delante de su rey y de toda su corte, avergonzado y confundido de haberle mucho ofendido, de quien primero recibí muchos dones y muchas mercedes” [EE 74]. Con lo cual ya se insinúa que el pecado es un problema de relación amorosa traicionada».<sup>1</sup>

San Ignacio nos invita a la humildad, que supone, como se indica en el texto, sentirse «avergonzado y confun-

dido» ante el propio pecado, y reconocer que el mayor pecado es haber traicionado la relación amorosa con Dios, del cual lo hemos recibido todo.

Para profundizar en la idea de pecado como traición a tanto amor recibido, podemos adentrarnos en el texto, destacando el movimiento espiritual de esta Primera Semana de Ejercicios, que se corresponde con el movimiento *kenótico* de Cristo: «como de criador ha venido a hacerse hombre... y así morir por mis pecados» [EE 53,2]. El ser humano traiciona la relación amorosa con Dios, de quien lo ha recibido todo, pero Dios renueva constantemente su alianza con el ser humano con el fin de volver a salvarlo. Dios incansablemente busca acercar al ser humano a sí mismo, ya que Él es el amor pleno y verdadero.

Así mismo, es importante ver también que el descubrimiento y la asunción de nuestra condición pecadora no consiste en un ejercicio constante de búsqueda incisiva, orientada a la localización de faltas y pecados, o en un ejercicio penitente que conduzca al malestar interior y a la dimensión negativa de nuestra vida. El fin y don de asumir nuestra condición pecadora es una invitación a descubrir el amor de Dios y a dejarnos salvar por ese mismo amor. La dimensión amorosa que acoge nuestro pecado y limitación para ser salvados es el fruto que se pide y se espera en la Primera Semana de los Ejercicios Espirituales.

## Un proceso de transformación personal

Un texto del jesuita Javier Melloni<sup>2</sup> nos acompaña en este acercamiento a nuestra dimensión pecadora, describiendo su proceso de transformación personal y poniendo el acento en aquello que necesita ser transformado en el primer estadio de evolución espiritual de la persona:

En primer lugar, *evolucionar en el rechazo de la pulsión de apropiación*.<sup>3</sup>

En algunos educadores y educadoras puede tender a «apropiarse» del alumnado, considerando que en cierto modo son de su pertenencia. En muchas ocasiones oímos implícita o explícitamente el término *mis niños* para referirse a los propios alumnos. También surgen fricciones o desencuentros entre docentes cuando nos parece que otro compañero o compañera se ha inmiscuido en nuestra tarea o en nuestro radio de influencia y acción con nues-

tro alumnado. También puede ser habitual identificar los proyectos con las palabras *mis proyectos* y no *los nuestros*, como ámbito común y tarea compartida. Nuestro ego reclama un protagonismo que corre el riesgo de caer en la apropiación, olvidando que nada es nuestro y, al mismo tiempo, que todo lo es. El instinto de apropiación tiende a ahogar y a marchitar la vida que Dios da a todos y para todos.

En segundo lugar, necesitamos *transformar la soberbia que rompe la comunión* (receptividad y donación) y se convierte en autocentramiento.<sup>4</sup>

En la parte dedicada al Principio y Fundamento, hemos expuesto que la misión nace en respuesta de servicio agradecido a tanto don regalado por Dios. La misión supone el vino que se derrama de la copa por abundancia. La misión es dar de lo mucho que se recibe y nos desborda. Por este motivo, el orgullo y la soberbia constituyen un obstáculo importante cuando la misión ya no consiste en dar de lo que se ha recibido, sino en que uno mismo o una misma se convierta en el centro, en el portador del mensaje y en el mensaje mismo. Cuando queremos protagonizar la historia y el proceso, nuestro ego obstaculiza y no deja pasar la luz de Dios, que es quien ilumina y da Vida en abundancia.

En tercer lugar, presentamos el *riesgo de la autodivinización*.<sup>5</sup>

La Biblia nos recuerda el pecado original: «Cuando comáis del fruto de ese árbol podréis saber lo que es bueno y lo que es malo y seréis como dioses» (Gen 3,5). Este pecado nos acompaña durante toda la vida. La voluntad y la pulsión de rechazar nuestra condición de criaturas y querer erigirnos en dio-

ses. Cuando nos convertimos en dioses y queremos ser puntos de referencia para otras personas, nuestro mensaje y nuestra misión se vacían de sentido y ya no contagian el «Agua Viva» que hemos recibido de quien es la Vida, sino que se reducen al agua estancada que podemos llegar a ser.

### **Partir de las limitaciones y debilidades**

Pasamos ahora a indicar y comentar aquellas limitaciones o debilidades que pueden acontecer en la vida del educador o educadora. La tarea no consiste en listar de forma exhaustiva las faltas y los pecados entre los que encontrar alguno que se asemeje a nuestras actitudes y acciones. Pero lo que sí nos puede ayudar es acercarnos a algunas de ellas, que pueden ser propias por las características de nuestro trabajo. Una vez identificadas, es bueno ponerles nombre para no caer en la tentación del espiritualismo, que no es capaz de aterrizar ni de encarnar en nuestra vida. A continuación, indicamos algunas de las actitudes que se pueden presentar a lo largo de nuestra vida docente:

*a) No seguir al Maestro, sino erigirse con el título de maestro.*

El camino del Maestro es difícil. Implica un movimiento interior de humildad y pequeñez, que no siempre resulta sencillo para la vida de quienes educan. Puede ocurrir que, a lo largo de la vida docente, nos alejemos del papel de discípulos y discípulas, y erijamos nuestro propio camino de maestros y maestras. Este proceso se aleja de la

humildad y de la pequeñez tan necesarias para el discípulo o la discípula que no quiere destacar y que no se considera protagonista del itinerario. De este modo se encamina desde el orgullo y el deseo de erigirse en Señor de sí mismo, lo cual se refleja en sus actitudes egoicas y en una vivencia autorreferente de la misión. Con esta actitud interior el *maestro* ya no anuncia al Maestro, sino que se anuncia a sí mismo. Se convierte en el centro de referencia, crece el ego que necesita destacar y sentir que es punto de atención para otras personas; en este caso para su alumnado.

No es difícil encontrar educadores y educadoras que buscan el aplauso del alumnado, que necesitan su reconocimiento, e incluso que adoptan la actitud de colega más que la de persona educadora madura que orienta hacia el Único importante, que es el que puede conducir a la verdadera Vida. Ante la comprobación de nuestra propia limitación, que busca continuamente el propio reconocimiento, Dios nos reconduce hacia Él como a Pedro: «Simón le contestó: Maestro, hemos estado trabajando toda la noche sin pescar nada; pero, puesto que tu lo mandas, echaré las redes» (Lc 5,5).

En su nombre, todo vuelve a tener sentido, pero sobre todo la misión, que queda reubicada en el plano del discípulo o la discípula que actúa como ser enviado por el único Maestro.

*b) El desánimo y el abandono*

Ante la ardua, difícil y poco reconocida tarea de la educación, el educador y la educadora pueden caer en la tentación del desánimo y del abandono de la misión. Es comprensible que apa-



rezca el cansancio ante la dificultad, o los constantes problemas diarios con el alumnado o con sus familias.

Cuando una persona cristiana no está centrada en el Único que es la Vida y ha desplazado el centro desde Dios hacia sí, resulta fácil que se carezca de fuerza e impulso para seguir adelante sea cual sea la tarea. Se pierde la esperanza, desaparece el sentido de la misión y aparece la tentación de abandonarla. Cuando ya no tenemos el centro en Aquel al cual seguimos, ya no tiene sentido el seguimiento, y la persona se cierra en sí misma, abandonando el camino que daba sentido a su esperanza.

Ante esta actitud de desánimo y abandono, Dios viene a buscarnos de nuevo, a hablarnos al corazón y a decirnos al oído: «Yo no te abandono, te quiero». Y ante esta nueva declaración de Amor, el discípulo o discípula que pensaba abandonar deja brotar las siguientes palabras: «¿A dónde vamos a ir si solo Tú tienes palabras de vida eterna?» (Jn 6,68).

Nuevamente, el amor de Dios viene a buscarnos y a hablarnos al corazón. El reconocimiento de tanto amor recibido desde la fidelidad nos impulsa a continuar y a reconocer a Dios como el único Amor verdadero.

### c) *La acedia*

Santo Tomás de Aquino definió la *acedia* así:

La acedia es una tristeza del bien espiritual, y su efecto propio es el quitar el gusto de la acción sobrenatural. Es una desazón de las cosas espirituales que prueban a veces

a los fieles e incluso a las personas adentradas en los caminos de la perfección. Es una flacidez que les empuja a abandonar toda actividad de la vida espiritual a causa de la dificultad de esta vida.<sup>6</sup>

San Ignacio de Loyola, en las reglas de discernimiento de sus Ejercicios Espirituales, identifica la acedia bajo el término de *desolación*: «Llamo desolación... [a] oscuridad de alma, turbación de ella, moción a las cosas bajas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo a infidencia, sin esperanza, sin amor, hallándose toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Criador y Señor» [EE 317]. Este estado supone el tedio de la vida espiritual, tanto de la vida activa como de la vida contemplativa. Incapacita a la persona y la hace sentir desolada y pesimista, sin ánimo ni motivación para cualquier tema relacionado con la vida espiritual.

La acedia puede aparecer también en la vida de cualquier educador o educadora. Cuando se aleja de Dios, abandona la vida espiritual, los momentos de oración y todas aquellas otras prácticas espirituales que le unen a Él, puede aparecer la acedia en su vida. Quitar el gusto por las cosas del espíritu, abandonar todo dinamismo espiritual en su vida, es la mayor dificultad a la que se puede llegar, puesto que, de esta forma, se imposibilita cualquier cauce de actuación de Dios sobre el alma de la persona y, por tanto, de cualquier posibilidad de cambio.

Es importante reflexionar sobre el modo de liberar nuestra vida de la acedia. Para ello, podemos recurrir a un buen consejo que nos enseña el mis-

mo santo Tomás de Aquino: «Cuando pensamos más en los bienes espirituales, más nos agradan, y más de prisa desaparece el tedio que el conocerlos superficialmente provocaba».7 Y así mismo en otro lugar: «Cuanto más pensamos en los bienes espirituales, tanto más placenteros se nos vuelven, y con esto cesa la acedia».8

El Evangelio nos invita a no dejarnos vencer por la tristeza, a sacarla de nuestra vida dando prioridad a la Palabra de Dios, a escucharla y a orar con ella, como ayuda necesaria para no caer en la tentación: «Vino donde los discípulos y los encontró dormidos por la tristeza; y les dijo: ¿Cómo es que estáis dormidos? Levantaos y orad para no caer en la tentación» (Lc 22, 45-46). Orar es verse mirados por el amor de Dios, lo cual enciende nuestro corazón como respuesta a su Amor. La fidelidad a la oración diaria y amorosa es uno de los medios más importantes

para vencer la acedia y la tristeza, porque nos sitúa en el plano del amor recibido gratuitamente y en abundancia.

Ese amor humano que responde al Amor divino desde el que se siente mirado amorosamente, hace crecer la caridad, la fraternidad y la misericordia, que son a su vez frutos y prácticas que nos ayudan a vencer la acedia y la desolación que pueden inundar nuestra vida. En una visión global de la Primera Semana de Ejercicios, nos damos cuenta de que el mundo de los afectos pone en juego nuestra vida y, por ello, propone meditaciones concretas [EE149-157] que ayudan a poner orden a las afecciones desordenadas y a purificar nuestra vida de intenciones y mociones inconscientes. También el mundo de los afectos marca de forma significativa la dimensión del educador y la educadora cristianos que quieren seguir al Maestro, vivir el Evangelio y anunciar su mensaje.

### **Para ir reflexionando y revisando en nuestra vida...**

- ¿Qué peligros reales tengo yo en mi vida de caer en procesos de apropiación, autocentramiento y divinización?
- ¿Sigo yo al Maestro o tengo tendencia a seguir mis propias enseñanzas?
- ¿Qué cosas me desaniman habitualmente en la misión? ¿Tiendo al abandono cuando llegan las dificultades?
- ¿Está presente la acedia en mi vida? ¿En qué situaciones? ¿En qué momentos? ¿Cómo reacciono ante ella? ¿Qué me ayuda a combatirla?

# DESCUBRIR A DIOS EN LA ACCIÓN EDUCATIVA

---

En el proceso espiritual de la persona, se produce un salto cualitativo cuando ese aborrecimiento-agradecimiento del que hablábamos anteriormente se convierte en un deseo de seguir a Cristo. Dentro de la clave de los Ejercicios Espirituales, este proceso se produce en el paso de Primera a Segunda Semana.<sup>9</sup>

Del seguimiento de Cristo, surge un movimiento de agradecimiento por todo lo que se nos regala en nuestra vida. En clave ignaciana, se nos propone una herramienta dentro de la dinámica de los Ejercicios Espirituales que nos ayuda a descubrir la presencia de Dios en nuestra vida. Esta herramienta es el Examen.

## El Examen

A través de los Ejercicios Espirituales se nos invita a conocer y a practicar diariamente lo que San Ignacio denomina el *Examen de Conciencia*. El Examen

es una visión de los pensamientos, palabras y acciones del mismo Dios en el acontecer diario. Dios está presente en todos los momentos y todos los momentos son propicios para descubrir su presencia. De esta forma, el examen no consiste en una búsqueda incesante de nuestras faltas y pecados, como en algunos momentos de la historia pasada se ha acentuado, sino que el examen es la búsqueda incesante del reconocimiento de la presencia de Dios en nuestra vida, para dar gracias por ella en todo momento y para descubrir nuestra falta de respuesta fiel ante tanto amor recibido.

Continuando con nuestra reflexión del don de la tarea de educar a la luz de

la espiritualidad ignaciana, podemos profundizar en el enfoque y el papel del Examen en el marco de la misión educadora, y cómo se nos invita a descubrir a Dios en cada situación cotidiana: en cada acción educativa, en cada estudiante, especialmente en aquellos y aquellas que nos resultan más difíciles, rebeldes o conflictivos. Dios está presente, sobre todo, en los más pobres y precisamente en aquellos que desde una mirada humana son los «menos gratos». Ellos y ellas son quienes más necesitan del favor de Dios y, por tanto, el Examen nos ayudará a descubrir en ellos y en ellas su presencia.

Cuando hablamos de «pobrezas», nos estamos remitiendo a pobrezas de todo tipo, tanto intelectuales como afectivas o emocionales. Vivimos en una sociedad en la que otros tipos de carencias son más patentes que no solo

las que se reducen a pobrezas materiales, sino que se abre también a otras pobrezas, de relaciones, afectivas o incluso espirituales.

Una buena forma de actuar ante las pobrezas humanas es acercarnos a ellas con la mirada de Dios. Pedir a Dios que nos ayude a mirar a nuestro alumnado como Él los mira, viendo en ellos y en ellas no lo que son, sino lo que pueden llegar a ser. Se nos invita a educar la mirada desde la misericordia y la compasión, creyendo con esperanza en el futuro de todas las criaturas que Dios ha creado.

Al final de este documento (en el anexo), os ofrecemos diferentes propuestas del examen ignaciano aplicadas a las diferentes realidades cotidianas con las que puede encontrarse una persona cristiana que se dedique a la tarea educativa.

En este último apartado vamos a profundizar en la expresión de la educación como don, que formaba parte del título y que hemos pretendido desarrollar a través de este trabajo. Este descubrimiento de la educación como don será interpretado a la luz de una de las contemplaciones más emblemáticas de los Ejercicios Espirituales: la Contemplación para alcanzar amor.

### **La contemplación para alcanzar amor**

La Contemplación para alcanzar amor [EE 230-237] propone contemplar todo lo creado desde la perspectiva de Dios, como una creación amorosa en la que el ser humano vive la plenitud de su libertad.<sup>10</sup> Esta contemplación tan ignaciana supone la reciprocidad del amor. Propone ver el universo desde la perspectiva de Dios como una creación amorosa en la que el ser humano vive la plenitud desde su libertad.<sup>11</sup>

Vamos a ir analizando los diferentes puntos de esta contemplación para descubrir qué es lo que se nos propone y se nos invita a vivir.

### **Notas y preámbulos [EE 230-233]**

«El amor se debe poner más en las obras que en las palabras...»; «el amor consiste en comunicación por las dos partes...»; «composición. Verse delante de Dios...»; «pedir conocimiento interno de tanto bien recibido, para que yo, enteramente reconociendo, pueda en todo amar y servir a su divina majestad».

Este apartado de los Ejercicios Espirituales nos propone vivir desde la consciencia de que todo es don. También nos invita a una vida en respuesta a este don y en una actitud de ofrenda permanente. Desde la toma de conciencia del bien recibido, ya no puede

haber otra cosa que agradecimiento y amor, lo que San Ignacio traduce en servir. Lo primero que se nos propone es experimentar que soy amado o amada, y de ahí surgirá el amor hacia los demás. Sin lo primero, es difícil que surja lo segundo.<sup>12</sup> Merece la pena destacar también la fórmula sintética y abreviada, «amar y servir», que forma parte intrínseca de la espiritualidad ignaciana, resumiendo la idea inicial de que el hombre ha sido creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios [EE 23].

### Primer punto [EE 234]

Vamos ahondando en nuestra reflexión con una oración muy ignaciana que sitúa a los cristianos y cristianas en la clave de descubrir como don el ofrecimiento en todas las dimensiones de la vida.

Tomad, Señor y recibir toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad; todo mi haber y mi poseer; Vos me lo disteis, a Vos, Señor, lo torno, todo es vuestro; disponed a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que esto me basta [234, 4-5].

El sentido de la contemplación que se desarrolla en esta oración se despliega en diferentes momentos. En primer lugar, traer a la memoria los beneficios recibidos por amor. En segundo lugar, supone también percibir la existencia como don, la cual solo tiene sentido en Cristo. También se desprende del texto la singularidad de la propia vocación; y, finalmente, la idea de que todo don

recibido se torna en oración de ofrecimiento al mismo Dios que se nos ha dado.

La oblación de la propia vida, el ofrecimiento, tal y como se propone en este texto, se despliega en forma de diversos dones:

- El don de la propia libertad. Desde el espacio sagrado de la propia identidad, se ofrece voluntaria y libremente el uso de la propia libertad, porque nos inunda una confianza plena en Aquel que nos ha creado y nos ama con locura.
- El don de la memoria. Desde el pasado escondido en el consciente y en el inconsciente, ofrecemos libremente lo que recordamos y hemos vivido en un recuerdo agradecido a aquel que ha estado presente en nuestra vida desde siempre.
- El don del entendimiento. Desde la propia capacidad de nuestra mente, que está siendo progresivamente iluminada y transfigurada, acogemos la «lógica» de la acción de Dios entre nosotros y nosotras. Intentamos aprender a conocer la forma de actuar de Dios, que a veces nos es tan desconocida.
- El don de la voluntad, desde la entrega de la persona, que ya no se pertenece a sí misma, sino que persigue la voluntad de recapitular todo en Cristo y Cristo en Dios. La voluntad de la persona queda centrada en llevar a cabo la voluntad de Dios en su vida.
- El don de todo lo que se tiene y posee. Desde la comunión con Dios, se descubre la conciencia de que no se posee nada, sino que todo es suyo. Todo pertenece a Dios. De

esta forma retornamos a Dios lo que ya es suyo y nosotros y nosotros solo administramos.

La experiencia de los dones percibidos en el pasado se abre a la esperanza del futuro y genera la pregunta y el movimiento interior sobre cómo responder a tanto bien recibido. Se expresa con una formulación doble: darse por entero al Dios que se me ha dado. La donación de la vida se convierte así en respuesta a la Elección. Dios nos ha elegido por amor y nos ha regalado la vida, la cual pone en nuestras manos. Nosotros libremente devolvemos todo ese don de vida recibida y la ponemos en sus manos y a su servicio.

## **Segundo, tercero y cuarto punto [EE 235-237]**

La Contemplación para alcanzar amor sigue desplegándose en varios puntos:

a) EE 235. La presencia de Dios en todas las cosas y de todas las cosas en Dios. Dios en las cosas las hace sagradas. Impide la posesión consumista de ellas y la saturación absorbente del deseo humano que acaba aprisionándolo. En lugar de la insatisfacción permanente que genera la posesión de las cosas y el dominio de todo lo creado, se reconoce la inmanencia y la trascendencia de Dios. Dios está en todo y trascendiendo la realidad descubrimos a Dios en ella.

b) EE 236. El trabajo y la fatiga de Dios en su creación. Dios se presenta como el que trabaja, como el que crea dando el ser, conservando. Dios crea con sus propias manos. También se vuelca en su creación porque se da a

sí mismo en ella. Y, por último, Dios cuida todo aquello que ha creado.

c) EE 237. Mirar cómo todos los bienes y dones descienden de arriba; por lo tanto, todo lo que existe participa de los atributos de Dios. Con este número de los Ejercicios, se ahonda en la transcendencia divina, más allá de la inmanencia. Toda la creación tiene rasgos y esencia divina. A través de la creación percibimos diferentes rasgos de Dios. Por sus obras, se conoce al creador.

## **Una transformación de vida**

De forma global podemos decir que de la dinámica espiritual de la Contemplación para alcanzar amor resulta un proceso de desarrollo en el que podemos encontrar los siguientes elementos:

### *1.º Poner el amor más en las obras que en las palabras*

Es una invitación a encontrar el amor donde verdaderamente está: en los hechos concretos, en las acciones, en la vida y no solo en las intenciones y la voluntad. Para descubrir ese amor, se demanda conocimiento interno de tanto bien recibido. Es un don divino poder reconocer en nuestra vida y en todo lo que nos rodea el amor que Dios ha puesto en él.

### *2.º La comunicación divina*

La comunicación divina se acoge desde la fragilidad y limitación de la propia condición humana, dejando el honor y la riqueza, para pasar a la pobreza y la humildad, en la cual Dios se

nos puede comunicar. En esta comunicación vemos cómo los dones y los bienes descienden desde arriba y nuestra limitada condición los acoge como regalo.

### *3.º Descubrir a Dios encarnado en todo lo creado*

Supone descubrir a Dios como desbordando en amor, habitando en todas las criaturas, impregnando los recovecos de todo lo creado y fluyendo amorosamente.

### *4.º Descubrir que Dios está trabajando porque la creación no está concluida*

Dios no solo creó el inicio y se desentendió de su creación, sino que sigue trabajando en ella porque no está concluida. Nosotros también estamos llamados a colaborar con ella, dándonos y dándose a manos llenas.

### *5.º La actitud del cristiano es el agradecimiento y la ofrenda, recogidos bajo la expresión ignaciana «en todo amar y servir»*

La experiencia de los Ejercicios es un proceso que conduce a la donación total desde la conciencia del amor de Dios e invita a descubrir su presencia en todas las dimensiones de nuestra vida. En esta oblación, se recoge la existencia global de la persona, que se ofrece intencionalmente en el presente y que necesita de la gracia de Dios para realizarse en el tiempo. De esta forma se da una correspondencia asimétrica entre el don de Dios y la oblación de la persona, a pesar de que en ambas está

la pretensión de la totalidad. El ser humano nunca puede corresponder a ese amor desbordante y desmedido de un Dios que se vuelca en sus criaturas.

Hay que tener en cuenta en nuestra vida cotidiana que, si se le ofrece a Dios la totalidad de lo que se es, se pone un límite radical a quejarse luego de los males y desgracias de la vida. Se trata de una ofrenda con consecuencias, sin reservas de libertad, ni de entendimiento, ni de salud. Se desprende de esta idea que, si nos hemos dado generosamente y en toda nuestra persona a Dios, no podemos reclamar o quejarnos de lo que nos acontece en la vida. Se nos invita a fiarnos de Él y de que lo que ocurre, tanto en la prosperidad como en la adversidad, forma parte de la misma gracia divina.

Otro elemento que aparece en esta oración y en el cual se ahonda es el de la constatación de la propia debilidad, el ofrecerse a Dios siendo conscientes de que podemos ser inconsecuentes en el momento de la prueba, sabiendo que podemos fallar, porque la debilidad y la limitación forman parte de la condición humana.

Concluimos, con las aportaciones de esta Cuarta Semana a nuestra reflexión compartida con una propuesta de cambio en nuestra forma de vivir. Se nos propone transformar nuestra identidad personal, de forma que la persona tenga un fin por el que vivir, para que viva una vida con sentido. Es un proceso que invita a liberarse para elegir libremente, siempre teniendo como modelo de hombre libre a Cristo. Es un proceso de cristificación y desde Él se accede a la divinización del ser humano. Asemejándonos más a Cristo, nos vamos divinizando como Él.



## **Conclusión: nuestra tarea educadora como don**

Una vez se ha reflexionado a partir de elementos clave de la Espiritualidad ignaciana, y especialmente de los que forman parte de la Cuarta Semana de Ejercicios Espirituales, pasamos a exponer a continuación la concreción de ideas desde las cuales podemos vivir nuestra tarea educadora como don:

- Educar es un don al que Dios llama gratuitamente, sin que hagamos nada para merecer ese don.
- Dios no nos llama por nuestras capacidades, sino que, al llamarnos, nos capacita para llevar a cabo la misión que nos tiene encomendada.
- Dios quiere contar con nosotros y nosotras para encomendarnos la misión de hacer realidad su Reino. Con nuestra misión educadora estamos contribuyendo a construir el Reino de Dios en nuestro mundo.
- Esta participación en la construcción del Reino de Dios es una forma de participar completando en nuestra vida esa creación de Dios que aún está por completar.
- Dios nos llama, y dentro de esta llamada general a la construcción del Reino, nos regala una vocación específica. La singularidad de la propia vocación educadora supone también un don, que llena de sentido nuestra vida y nuestra misión.
- La misión de educar es nuestra respuesta al inmenso amor de Dios, recibido fielmente a lo largo de toda nuestra vida.
- Esa respuesta al amor de Dios implica el servicio. Amar y servir son dos caras de una misma moneda

porque el amor a Dios es amor y servicio al prójimo.

- Amar y servir a Dios supone amar a todo el mundo, pero especialmente a quienes Él más ama, que son las personas más pobres y necesitadas.
- Cuando nuestra mirada se mimetiza con la mirada de Dios, aprendemos a ver las cosas y a las personas como Él las mira. Cuando miramos la vida con la mirada de Dios, no vemos a las personas, y en este caso a nuestro alumnado, como son, sino como pueden llegar a ser.
- Cuando nuestra mirada se va configurando con el mismo Dios, nosotros, nosotras, y en este caso las personas educadoras, nos vamos cristificando y configurando a su imagen y semejanza. Nos vamos haciendo cada vez más semejantes a Cristo, tanto en nuestra forma de ser como en nuestra forma de actuar.
- El educador cristiano y la educadora cristiana no solamente se va configurando con Cristo, sino que va «engendrando» al mismo Cristo en el alumnado, ayudándonos a descubrir que Él vive dentro de cada persona, y nos da a vivir una Vida nueva.
- Nuestra vida de educador cristiano o educadora cristiana se convierte en oración de ofrecimiento ante tanto amor recibido, porque es Dios mismo el que se nos ha dado, y nosotros solamente le respondemos.
- Por último, queremos hacer una mención especial a la importancia de sentir nuestra misión educadora como parte misión educadora de la Iglesia. Como personas educadoras cristianas estamos llamadas a sentirnos en comunión con la Iglesia y

a sentirnos enviadas por ella. También la espiritualidad ignaciana, reflejada en los Ejercicios Espiri-

tuales [EE 352-370] de san Ignacio nos iluminan en esta vivencia eclesial.

### **Para ir reflexionando y revisando en nuestra vida...**

A la luz la Contemplación para alcanzar Amor y otros elementos de la Cuarta Semana de Ejercicios, proponemos las siguientes acciones o disposiciones interiores:

- Pedir al Señor poder reconocer en nuestra vida tanto don recibido en las diferentes dimensiones de la vida.
- Orar con la oración ignaciana: «Tomad, Señor y recibir toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad; todo mi haber y mi poseer; Vos me lo disteis, a Vos, Señor, lo torno, todo es vuestro; disponed a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que esto me basta» [234,4-5].
- Ofrecer al Señor toda nuestra capacidad de hacer y comprender. Ofrecer toda la voluntad, los afectos, las pertenencias... y reorientar nuestra vida hacia lo verdaderamente importante, que es el amor y la gracia de Dios.
- Ofrecer a Dios nuestra tarea educadora de cada día y ver cómo Dios actúa a través de ella.
- Pedir al Señor que nos permita contemplar la realidad diaria con su mirada. Ver la escuela y a cada uno de nuestros alumnos y alumnas con la misma mirada con la que Él los mira.

# ANEXOS PARA EL TRABAJO PERSONAL Y COMUNITARIO

---

## **Anexo 1: Ejercicios prácticos en clave de espiritualidad ignaciana**

### *Propuesta de revisión personal*

- Realizo una revisión y lectura de mi vida, desde sus inicios hasta la realidad presente:
  - Agradezco los dones recibidos.
  - Me hago consciente de mis debilidades.
  - Ofrezco todo lo vivido, lo que me es grato y lo que no.
- ¿Cuál ha sido desde siempre el Principio y Fundamento de mi misión como educador/a? ¿Y actualmente? ¿Sigue siendo el mismo? ¿En qué se ha concretado? ¿En qué ha ido evolucionando?
- ¿Qué actitudes, motivaciones y acciones debo revisar en mi día a día como educador/a cristiano/a para responder con fidelidad?
- ¿Me sentía llamado/a en su día para una misión vocacionada en la educación? Y hoy en día, ¿siento mi tarea y misión como una vocación?
- ¿Cómo reacciono ante las dificultades, problemas y tropiezos del seguimiento de Jesús? ¿Qué me ayuda en ese seguimiento?
- ¿Cómo puedo descubrir a Dios en mis estudiantes cada día?

- ¿Soy consciente de ser mediación de la Iglesia en esta concreta comunidad eclesial que es la escuela cristiana?
- ¿Cómo aplico a la realidad concreta de mi colegio la opción por las personas más pobres y las más pequeñas?

### *Propuesta de oración personal*

- Mirar a cada uno de mis estudiantes. Pedir al Señor que me enseñe y me ayude a mirarlos como Él los mira.
- Pedir por cada uno/a de mis compañeros/as educadores/as. Pedir al Señor la fortaleza y la coherencia evangélicas en la misión.

### *Propuesta del examen ignaciano en clave de un educador o una educadora cristianos*

- Presencia de Dios: tomo conciencia de que Dios me mira con mucho amor y me dejo abrazar por Él.
- Petición: puedo repetir lentamente esta oración:

Señor, dame la gracia de reconocer tantos beneficios recibidos en esta tarea y misión de educador/a. Haz que perciba como Tú estás siempre

presente con tu Providencia en cada momento de mi vida. Dame la gracia de valorar todo lo que haces por mí y agradecértelo de corazón.

- Memoria agradecida: repaso con la memoria los momentos de cada día en los que vivo la misión. Puedo recordar tiempos, temas, personas, conversaciones, lo que hice, las personas con las que me encontré y compartí, los momentos más importantes... todo ello relacionado con el alumnado, con los compañeros y compañeras o con las familias.
- Lectura con sentido: busco interpretar con profundidad el sentido de las experiencias, percibir las consolaciones y desolaciones de la perspectiva de la misión que vivo o que se me presenta.
- Pedir perdón: ver en mi interior en qué he fallado, en qué no he correspondido al amor de Dios, pedir perdón humildemente y proponer mejorar.
- Abandono: poner todo en manos de Dios y de la Virgen, ofreciendo mi vida y mi persona.
- Padre Nuestro final.

#### *Examen de recapitulación*

- Repasando lo aprendido: puedo repasar el cuaderno, destacar lo que más me ha resonado. ¿Qué he aprendido? ¿Qué me ha confirmado? ¿Qué me ha aportado? ¿Puedo relacionarlo con mi práctica docente?
- Sintiendo y gustando frente a las experiencias de mi tarea docente.
- ¿Dónde sentí mayor gusto? ¿Puedo descubrir por qué? ¿Qué me costó

más? ¿Puedo descubrir por qué?

- Reflexionando para aplicar en mi vida: ¿A qué me mueve lo expuesto en el documento sobre los ejercicios? ¿Cómo afecta a las personas pobres, a mis estudiantes, a mis compañeros y compañeras, a las familias esto a lo que estoy movido/a, inspirado/a, etc.?
- Recapitulando para la acción: al terminar, tomo conciencia de mi misión y pongo en manos de Dios las mociones más fuertes, pidiendo ayuda para llevarlas adelante, para sostenerlas.

#### *Examen del docente con el alumnado*

Proponemos aquí llevar a cabo el Examen con el alumnado al finalizar la hora, el día o la semana... La finalidad es buscar y hallar a Dios en todas las cosas y reconocer la presencia de Dios en la propia vida y a mi alrededor. Es una manera de ver, comprender, pensar, querer y actuar. El examen pretende ser una ayuda para crecer en la toma de conciencia de que Dios estuvo y está acompañándome a cada momento. Es descubrir su presencia, su bendición en cada cosa que me pasa. Intento descubrir también aquello en lo que yo colaboré con la Gracia y aquello en lo que me faltó.

- Agradecer:
  - Tranquilizarse y ponerse en la presencia de Dios.
  - Revivir el día, la semana... sin emitir juicios: ¿Con quién estuve?, ¿qué hice?, ¿qué dije?, ¿qué me dijeron?
  - Hacerme consciente de mis sentimientos: ¿Qué me molestó?,

- ¿qué me produjo gozo?, etc.
- Dar gracias por todo.

- Pedir perdón y perdonar:
  - Delante de Dios misericordioso, pedir perdón por mis inconsistencias.

### *Examen de la clase*

- Clima de la clase: ¿Qué sentimientos experimenté? ¿Qué mociones?
- Palabra de Dios: ¿Con qué versículos de la Escritura me siento identificado/a en relación con lo experimentado durante este curso?
- Revisión: ¿Qué proceso puedo vislumbrar en mis estudiantes? ¿Qué evolución ha habido según lo que yo me planteé en un principio? ¿Qué no funcionó? ¿Cuáles fueron los obstáculos? ¿Qué hice para superarlos?
- Acción de gracias por lo vivido.

## **Anexo 2: Guía de autorreflexión del docente para la aplicación ignaciana en el aula<sup>13</sup>**

El siguiente documento es un instrumento de autorreflexión para los educadores y las educadoras, con preguntas orientadoras que pueden adaptarse a la realidad de cada persona y centro.

### *Toma de contacto*

- ¿Saludo al alumnado propiciando un momento inicial de encuentro y de respeto?
- ¿Destino un breve tiempo al inicio de la clase para realizar alguna breve reflexión que motive a comenzar

la jornada con ánimo y motivación, apuntando siempre al *magis ignaciano*?

### *Preelección*

- ¿Presento al inicio de cada clase el tema que se va a desarrollar?

### *Contexto*

- ¿Tengo en cuenta los datos acerca del contexto familiar, educativo, sociocultural de cada estudiante y del grupo, sus necesidades y expectativas?
- ¿Detecto el estilo de aprendizaje de cada estudiante?
- ¿Verifico el punto de partida del alumnado (qué saben) sobre el tema o materia que voy a explicar?

### *Experiencia*

- ¿Organizo el aula previendo espacios adecuados para la preelección, motivación, información, diálogo con el alumnado, trabajo activo o cooperativo, resumen, evaluación...?
- ¿Preparo la manera de empezar las clases estableciendo un clima positivo de aprendizaje?
- ¿Preparo motivaciones atractivas relacionadas con los objetivos de aprendizaje de cada tema?
- ¿Comunico al alumnado, con claridad y, en la medida de lo posible, por escrito, los objetivos de aprendizaje y las capacidades que se requieren a cada estudiante?
- ¿Les comunico la metodología que se va a utilizar?
- ¿Motivo al alumnado y le facilito la

comprensión de los nuevos contenidos?

- ¿Organizo las clases teniendo en cuenta a las personas con dificultades especiales?
- ¿Preparo actuaciones concretas de atención personalizada en la clase?
- ¿Diseño las clases teniendo en cuenta los diversos estilos de aprendizaje del alumnado?
- ¿Me dirijo flexiblemente a los alumnos y alumnas con preguntas abiertas para posibilitar el desarrollo del pensamiento de cada persona?
- ¿Favorezco la participación de todo el mundo y acentúo la dimensión social del aprendizaje?
- ¿Implico al alumnado en investigaciones, trabajos escritos o trabajos de ampliación?
- ¿Promuevo en el alumnado la reflexión sobre el propio proceso de aprendizaje para ayudar a regularlo y a ser protagonistas de sus propios procesos de reflexión y maduración?
- ¿Facilito tiempos para una comunicación personal de la experiencia, así como momentos de silencio?
- ¿Desarrollo estrategias de aprendizaje entre pares?
- ¿Favorezco espacios de libertad, proponiendo alternativas y facilitando decisiones autónomas y desarrollando el juicio crítico?
- ¿Utilizo oportunamente las tecnologías de comunicación e información (TIC) para facilitar el proceso de aprendizaje?
- ¿Utilizo con flexibilidad el grupo global de la clase y los grupos reducidos, permitiendo a que el alumnado interactúe?

- ¿Invito a los alumnos y alumnas a reexaminar el tema (repetición ignaciana) de modo que cuestionen los conceptos y dificultades que han encontrado, lo consideren desde otro ángulo, etc.?
- ¿Con frecuencia valoro más una buena pregunta que una buena respuesta? Y en sus preguntas, ¿pongo en cuestión aquello que se cree incuestionable?
- ¿Preparo cada una de las clases?

### *Reflexión*

- ¿Vuelvo sobre la experiencia vivida en el aprendizaje de un tema o bloque de temas, y realizo una «repetición» o revisión para ayudar al alumnado a captar nuevos significados en relación con valores?
- ¿En las clases y en las tareas para casa, formulo preguntas y planteo cuestiones que amplían la sensibilidad del alumnado y le hacen considerar el punto de vista de otras personas (nivel cognitivo), incrementando su sensibilidad respecto a las repercusiones humanas de lo que estudian (nivel afectivo)?
- ¿Oriento al alumnado hacia la comparación, el contraste, la valoración, y promuevo oportunamente actitudes críticas?
- ¿Utilizo ejercicios de tipo contemplativo como parte del aprendizaje?
- ¿Ayudo a los alumnos y alumnas a hacerse conscientes y avanzar en la autocomprensión (al estilo del examen de conciencia ignaciano)?
- ¿Ayudo al alumnado, a propósito de los temas de clase, a tomar conciencia de las injusticias sociales, situaciones de pobreza, exclusión,

situación ambiental?

- ¿Utilizo recursos y metodologías diseñados para fomentar el pensamiento del alumnado en la dimensión de sentido, en la línea de algunas metodologías de la pedagogía actual?
- ¿Cuido la apertura a lo trascendente en el enfoque y desarrollo de los temas científicos y culturales?
- ¿Utilizo trabajos personales y en grupo fomentando la actitud cooperativa?
- ¿Doy oportunidades al alumnado para exponer a los demás, por medio de presentaciones, aquellos trabajos en los que aparecen opciones por valores y compromisos?
- ¿Implico a los alumnos y alumnas en investigaciones, trabajos escritos, trabajos de ampliación y reflexiones más profundas, relacionadas con valores?
- ¿Busco o aprovecho oportunidades para crear actitudes positivas (acción interna) acerca de temas relacionados con la justicia social, el medioambiente y otros aspectos éticos o valores cristianos relevantes?

### *Evaluación*

- ¿Doy oportunidades en las clases para que el alumnado se implique en su propia evaluación, animándolo a preguntarse «qué he aprendido» al final de cada tema o grupo de temas?
- ¿Selecciono instrumentos de evaluación y autoevaluación del alumnado, acordes a las estrategias didácticas desarrolladas en clase y a las tareas escolares solicitadas?

### **Anexo 3: Materiales para la lectura reflexiva en una comunidad educativa de elementos significativos de los Ejercicios Espirituales**

Decía el P. Pedro Arrupe, en la *Carta sobre el discernimiento espiritual comunitario* del 25 diciembre de 1971, que uno de los efectos prácticos de la búsqueda en común es: «Favorecer la formación de comunidades que ayuden a precisar mejor las metas apostólicas y que, al mismo tiempo, sirvan de sostén y de inspiración a sus propios miembros, aun cuando estos, por fuerza de su vocación, deban repartirse por diversas partes y tengan que trabajar, especialmente hoy, en toda clase de ambientes».<sup>14</sup>

Este deseo y objetivo del padre Arrupe, hace más de cincuenta años, sigue siendo actual y, en concreto, en la Escuela cristiana, que es la que estamos analizando en esta reflexión. Es necesario favorecer la formación de comunidades dentro de las escuelas cristianas, que vivan y actualicen el carisma recibido en la iglesia y de las diferentes instituciones eclesiales. Es necesario que las comunidades educativas de la escuela cristiana precisen y revisen su objetivo apostólico, tal y como nos dice en este texto el P. Arrupe, lo cual supondría una revisión actualizada del sentido, su misión y forma. Y, por último, también deviene necesario que estas comunidades cristianas sirvan de sostén y de inspiración a sus propios miembros.

Con este marco de la revisión compartida del carisma, de la misión y de sus agentes de evangelización, hacemos una propuesta para la lectura y el trabajo comunitarios.

- ¿Qué lugar y función tiene una comunidad apostólica dentro de la comunidad educativa de una escuela cristiana?
- ¿Qué se tendría que potenciar en nuestro colegio para que pudiese existir una comunidad apostólica dentro del centro? Y, en el caso de que ya exista, ¿qué se podría hacer para favorecer su revitalización?
- ¿Qué resistencias o dificultades existen? ¿Qué fortalezas se encuentran?
- ¿Qué conversiones individuales y comunitarias vemos necesarias?
- Elabora una propuesta práctica sobre cómo llevar a cabo un Discernimiento Comunitario sobre la vida y la misión del colegio.

#### **Anexo 4: Mensaje del papa Francisco a todos los educadores y educadoras**

Queremos finalizar el presente trabajo de reflexión con el mensaje de ánimo y esperanza del papa Francisco a todos los educadores, y con el deseo de que sean impulso para nuestra tarea y misión de cada día.

El sol no se apaga durante la noche, se nos oculta por un tiempo por encontrarnos «al otro lado», pero no deja de dar su luz y su calor. El docente es como el sol. Muchos no ven su trabajo constante, porque sus miras están en otras cosas, pero no deja de irradiar luz y calor a los edu-

candos, aunque únicamente sabrán apreciarlo aquellos que se dignen «girarse» hacia su influjo.

Yo les invito a ustedes, profesores, a no perder los ánimos ante las dificultades y contrariedades, ante la incompreensión, la oposición, la desconsideración, la indiferencia o el rechazo de sus educandos, de sus familias y hasta de las mismas autoridades encargadas de la administración educativa. La educación es el mejor servicio que se puede prestar a la sociedad, pues es la base de toda transformación de progreso humano, tanto personal como comunitario. Este sacrificado servicio pasa desapercibido para muchos. Probablemente, ustedes no podrán ver el fruto de su labor cuando éste aparezca, pero estoy convencido de que gran parte de sus alumnos valorarán y agradecerán algún día lo sembrado ahora. No confundan nunca el éxito con la eficacia. En la vida no siempre lo eficaz es exitoso y viceversa. Tengan paciencia, mejor, esperanza. No olviden que la clave de toda obra buena está en la perseverancia y en ser conscientes del valor del trabajo bien hecho, independientemente de sus resultados inmediatos. Sean fuertes y valientes, tengan fe en ustedes y en lo que hacen.

Que Dios les bendiga y bendiga su abnegada labor diaria, la mayoría de las veces oculta, silenciosa e inapreciada, pero siempre eficaz y valiosa.



1. RAMBLA, Josep M. (2011), *Los ejercicios Espirituales de San Ignacio: una relectura del texto II*, Barcelona: Cristianisme i Justícia, Cuaderno EIDES, n.º 63, p. 29.
2. Cfr. MELLONI, Javier (2001), *La mistagogía de los Ejercicios*, Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, pp. 132-134.
3. Cfr. MELLONI (2001), *Op. cit.*, p. 132.
4. Cfr. MELLONI (2001), *Op. cit.*, p. 133.
5. Cfr. MELLONI (2001), *Op. cit.*, p. 134.
6. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Teológica* (II-II 35) en versión web <https://www.religionlibertad.com/blog/37024/la-acedia-espiritual.html> (23/04/2022).
7. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Op. cit.*, 31,1 ad 4.
8. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Op. cit.*, 35,1 ad 4.
9. MELLONI (2001), *Op. cit.*, p. 141.
10. ESTRADA (2019), *Juan Antonio, Los Ejercicios de Ignacio de Loyola: vigencia y límites de su espiritualidad*, Bilbao: Desclé de Brower.
11. *Ídem*.
12. ESTRADA (2019), *Op. cit.*, p. 338.
13. Autoevaluación en pedagogía ignaciana. Documento privado del Colegio Salvador de la Compañía de Jesús en Argentina, 2019. Consultado en: <https://pedagogiaignaciana.com/biblioteca-digital/biblioteca-en-espanol>, (24-04-2022).
14. Citado en RAMBLA, Josep M. y LOZANO, Josep M., (eds.) (2019), *Discernimiento comunitario apostólico: Textos fundamentales de la Compañía de Jesús*, Barcelona: Cristianisme i Justícia, Cuaderno EIDES, n.º 89-90.

Cristianisme i Justícia (Fundació Lluís Espinal) es un centro de estudios creado en Barcelona el año 1981. Forma parte de la red de centros Fe-Cultura-Justicia de España y de los Centros Sociales Europeos de la Compañía de Jesús. Una de las áreas de trabajo del centro es la Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES). Fruto del trabajo de esta área nace la colección de cuadernos EIDES dedicada específicamente a dar a conocer una reflexión actualizada sobre la espiritualidad ignaciana.

## Cuadernos EIDES

Últimos títulos

- 96. *Cartas desde el Altiplano*. J. M. Fernández de Henestrosa (PPH)
- 97. «Preparar y disponer el ánimo» [EE 1]. J. Casassas, A. Guidonet, D. Guindulain
- 98. *Aplicación de sentidos*. R. Abós-Herrándiz
- 99. *De la herida al corazón del mundo*. L. Rius (coord.)
- 100. *Jóvenes y espiritualidad*. G. Andrés (coord.)
- 101. *La espiritualidad ignaciana, hoy*. M. López, J. Melloni
- 102. *El don de educar*. I. Giménez Beüt

La Fundació Lluís Espinal envia gratuïtament els quaderns EIDES. Si desea rebirlos, pidalos a:

### Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona  
93 317 23 38 • [info@fespinal.com](mailto:info@fespinal.com)  
[www.cristianismeijusticia.net](http://www.cristianismeijusticia.net)

También puede descargarlos en:  
[www.cristianismeijusticia.net/es/eides](http://www.cristianismeijusticia.net/es/eides)

